



ARQUITECTURA EN CASTILLA-LA MANCHA

Rutas por el siglo XX: Arquitecturas en busca de autor

José Luis Loarce Gómez

Si hubiera que describir en Castilla-La Mancha la ruta del desconocimiento, cuando no del olvido, esa sería la de la arquitectura contemporánea o del siglo XX. Y no es que esté sin hacer la historia arquitectónica de este siglo en el ámbito de la comunidad autónoma, es que tampoco por provincias hay historias, guías, repertorios o inventarios que sistematicen su producción edificatoria. No por ello deja de sorprender que un trabajo del departamento de investigaciones de una muy conocida editorial escolar, en un libro sobre Arte y Cultura de Castilla-La Mancha, que incluía Madrid, publicada en 1980, sólo mencionaba dos arquitectos castellano-manchegos en todo el siglo XX: y como obras el poblado de colonización de Villalba de Calatrava y el Instituto de Daimiel, y afirmaba que “desde los años sesenta hasta nuestros días, fuera de la ciudad de Madrid son pocas las muestras importantes de la arquitectura en la región” (sic). Ítem más, en el reciente y bastante completo manual de Ángel Urrutia, “Arquitectura Española del Siglo XX”, en la colección de Cátedra que dirige el profesor Bonet Correa, Castilla-La Mancha es tratada junto con Castilla y León en el espacio de columna y media, fusión que sólo sería explicable desde el único dato de la aparición, en 1989, de las publicaciones “Punto y Plano”, primero, y “Bau”, después, editadas conjuntamente por los Colegios de Arquitectos de León, Castilla y León Este y Castilla-La Mancha.

Y únase a lo anterior la ausencia de una Escuela Universitaria de Arquitectura y de escuelas entendidas como tendencias de lenguaje, el casi total ayuno de investigaciones serias, exposiciones monográficas o temáticas, de publicaciones independientes, de debate profesional, académico o intelectual en una palabra; la completa ausencia de esta comunidad en el grupo Docomomo Ibérico (perteneciente a su vez a una importante organización internacional para el estudio y protección del Movimiento Moderno creada en 1990); el desprestigio social y escasa popularidad del gremio en estas recientes décadas —cuando no el corporativismo— y lo poco que se

hace para remediarlo, y tendremos el panorama que uno encuentra en el momento de abordar un primer estado de la cuestión arquitectónica.

A ese estado por supuesto contribuye que ni en la Licenciatura de Historia de la Arte se explique la Arquitectura del siglo XX, sus códigos y sus claves lingüísticas, mientras el personal admira palacios y edificios del XIX, porque sobre ellos sí ha caído la pátina del tiempo; sobre todo lo que de verdad entusiasmo de la arquitectura actual es la restauración, y cuanto más fiel es la reproducción del original (?) histórico mejor que mejor. Si el modernismo, el art-decó o los historicismos decimonónicos parecen reconciliar al hombre actual consigo mismo porque se reconoce en su pasado de ayer mismo (vienen a ser el equivalente de las primeras fotos de los abuelos y evoca la nostalgia sentimental), la arquitectura moderna o la pureza del racionalismo, las ironías intelectuales de la arquitectura figurativa o las citas clasicistas posvanguardistas le sumen en el desconcierto. Así jamás nos encontraremos en las guías turísticas al uso los monumentos de este siglo, dejando aparte la Cartuja de la Expo o la Barcelona olímpica (acontecimientos que sirvieron también para la divulgación de la arquitectura última), salvo que nos adentremos en alguna guía especializada.

En ese contexto, y con la diferente óptica con que debe leerse la producción de un siglo que pronto será ya historia, se abordan estas rutas por la mejor arquitectura del XX en Castilla-La Mancha. El recorrido se ha trazado por separado en cada provincia como forma de acotar un ámbito espacial, y en cuanto a lo temporal o historiográfico se trata de mantener la ordenación cronológica, al ser la mejor manera de entender la misma evolución histórica y conocer cada período. Es una ruta (no un inventario) muy sintetizada y con la subjetividad necesaria para abordar cualquier territorio barrido por el arte y la inteligencia, pero no sin el rigor obligado con que describir un repertorio en función de su calidad, representatividad y relevancia histórica; se recoge en ella la arquitectura conservada y por tan-

RESUMEN:

El autor, periodista, crítico de arte, y responsable editorial de la Biblioteca de Autores Manchegos, aborda en estas páginas un recorrido por lo más significativo de la arquitectura construida en nuestra Región a lo largo de la presente centuria. Tras un primer hito en el pabellón de CLM en la Expo 92, Loarce viaja a Albacete donde destaca el Pasaje Lodaes y, ya en la actualidad, las obras del campus universitario o los Juzgados de Alcaraz; en Ciudad Real la nómina de autores es mayor y se detiene en la obra de Fisac. Comenta el conocido motel El Hidalgo de Valdepeñas, y dedica su última atención a los autores jóvenes que aportan “criterios de modernidad y renovación”. De Cuenca destaca una serie de edificios públicos de la capital para detenerse después en el Teatro-Auditorio. En Guadalajara arranca de las construcciones del primer tercio de siglo (neomudéjares y racionalistas) para hablar luego de otras obras más actuales y reseñables. Por último recalca en Toledo, donde destaca nuevamente los trabajos de los hermanos De las Casas en su Talavera natal y en la capital regional.

to visitable (fotografiable), no en cambio los proyectos no construidos ni los edificios que, aun interesantes, no han resistido el paso del tiempo o la evolución urbana de las poblaciones, tareas que ha de acometer la Historia de la Arquitectura se obvian también las intervenciones de restauración o rehabilitación y las transformaciones interiores por lo que tienen de posible condicionante para el autor de la obra y por la dimensión de este informe. Junto a la pieza se dice también su autor o autores y el año de terminación de la obra, siempre que ambos datos hayan podido ser documentados.

Un itinerario en definitiva que depara sorpresas muy agradables y trabajos notables y que a partir de los años ochenta se recupera con la incorporación de jóvenes arquitectos, aunque no faltan en la centuria figuras de reconocida trayectoria. Que en Castilla-La Mancha no hayan construido autores extranjeros que sí han trabajado en España como Álvaro Siza, Isozaki o Norman Foster, y que no podamos presumir todavía en las publicaciones internacionales enseñando un Sáenz de Oíza, un Rafael Moneo, un Oriol Bohigas o ni siquiera los Navarro Baldewg o Campo Baeza, no debe ser impedimento para reconocer piezas de autor muy importantes y trabajos pequeños pero ambiciosos en lo proyectual y en lo constructivo.

Como es el caso, para empezar, de los producidos por Manuel de las Casas, nacido en Talavera de la Reina, y poseedor de un merecido crédito en la arquitectura actual. Suyo es uno de nuestros edificios más singulares, pero que está fuera de la Región, por paradójico que parezca. En el recinto sevillano de la Expo 92, entre los pabellones de Canarias y Aragón, se levanta el Pabellón de Castilla-La Mancha (Manuel e Ignacio de las Casas y Jaime Lorenzo, 1992), todo él concebido con atornillamientos para poder ser trasladado a otro emplazamiento, pero que por ahora permanece allí como un recuerdo varado y silencioso de lo que fue la arquitectura de la Exposición Universal, amén de ser entonces una de las piezas elogiadas de manera unánime. Definido por algunos como un cofre abierto, esta pequeña caja neutra en madera, sencilla y discreta, es abstracta y sin referencias en su exterior y más matizada por dentro, con patio interior abierto al cielo por una gran grieta longitudinal; junto con el maravilloso Pabellón de Finlandia, posiblemente mis dos "esculturas" favoritas de tan fastuosa isla.

Albacete

Ya fronteras adentro, en la provincia de Albacete hay que iniciar el camino al pie del antiguo Ayuntamiento de la capital, en el mismo Altozano (1902-1912, Francisco Manuel Martínez Villena reforma un viejo caserón del XVIII), el Ayuntamiento actual es obra de José Luis Palencia y Francisco J. García (1986). En el Casino Primitivo (versión 1914, de Carrilero y Muñoz), de dos plantas, se advierte el gusto ecléctico de la arquitectura decimonónica. Y sin salir de la época, la Fábrica de Harinas (1916), en el Paseo de la Cuba, arquitectura heredada también del XIX. Y, cómo no, el maravilloso Pasaje Lodaes, de 1920, ese prodigio de galería comercial acristalada, único en toda la región, y que evoca de manera tan personal Martínez Sarrión en sus memorias, al describirlo como "imán de mi infantil fascinación a causa de su fantasmagórico y morboso aire de invernadero en mitad de la ciudad".

Un particular encanto tiene el llamado Depósito del Sol, de los años veinte, cilíndrico e interiormente abovedado, remata-

do con aderezos y molduras de inspiración "art déco". Como lo tiene la Plaza de Toros, neomudéjar (Carrilero y Saiz de Vicuña, 1917), con una fachada de gran movilidad plástica por el juego con los paramentos, contrafuertes y pilastras, la más interesante de toda la región. Y no olvidemos la parada en Hellín para conocer el Ayuntamiento (Andrés Ceballos, 1932), curioso e innovador edificio racionalista, de muros desnudos y largos vanos verticales pero que no duda en hacer concesiones al regionalismo con sus cúpulas vidriadas azules, en la tradición de la vecina arquitectura levantina. Son ejemplos que validan otras formas y planteamientos.

En la España franquista de los pueblos de nueva colonización, José Luis Fernández del Amo queda en la historia como el autor de Cañada de Agra, Hellín, (1962), donde la interlocución con la naturaleza es uno de los planteamientos más importantes, y entre otros aspectos se puede advertir que la parcela de cada colono tiene dos niveles para conservar las rasantas de acceso a la dependencia agrícola y al patio.

También nuevo, pero de treinta años después, es el Campus Universitario de Albacete (diseño inicial del Campus y edificio de la Facultad de Derecho, Económicas y Empresariales, de Antonio Escario, con la colaboración de Jesús García Gil y José Luis Palencia, 1988). Escario es el creador igualmente del Museo Provincial (1978), en la parte más alta del Parque Abelardo Sánchez, modelo de arquitectura orgánica, atenta al espacio interior e integradora de los elementos arbóreos, que parecen formar parte del mismo museo, y autor de la sede la Caja Castilla-La Mancha, en la Plaza Lodaes. Sin salir de la capital visitamos también la Residencia Universitaria José Prat, en Albacete (Carmen Bravo Durá y Jaime Martínez Ramos, 1988-1992), edificio triangular con plaza central, fachada al sureste que busca el sol con la protección de unas marquesinas metálicas y expansionándose el resto con la dureza del muro del ladrillo.

En un entorno de especial belleza como es la Plaza Mayor de Alcaraz, junto a las irregulares torres (gemelas, por la proximidad que las une) de la Iglesia de la Trinidad y El Tardón, nos encontramos con el nuevo Centro Administrativo y Judicial de Alcaraz (Carmen Bravo Durá y Jaime Martínez Ramos, 1991), dos pabellones separados por un patio que hace la función de pasaje, produciendo un claro y sugerente contraste con el conjunto histórico anexo.

Ciudad Real

En la provincia de Ciudad Real, los primeros años de este siglo ven levantar edificios de interés como el Ayuntamiento de Tomelloso (F.M. Martínez Villena, 1902) y el Banco de España, en Ciudad Real, de 1903, obra de Sebastián Rebollar, autor de obras anteriores tan interesantes como el Palacio de la Diputación Provincial, de 1889. En la Plaza Mayor de la misma capital, donde lucen "otras" arquitecturas, todavía podemos ver algunas piezas de Florián Calvo, como sus viviendas de 1919; sin salir de esta ciudad, de 1929 es la fachada, casi "art nouveau", del Colegio San José, del arquitecto provincial Telmo Sánchez, autor también del Ayuntamiento de Manzanares (1920-1928), y en esta misma población tenemos todavía en pie su maltrecho Casino (Daniel Rubio, 1919), con las reformas posteriores y su fachada curvada en la confluencia de dos calles, muy cargado con profusión de elementos historicistas. [finalizado este artículo se producía la noticia de la

aprobación por el Ayuntamiento de la declaración de ruina del histórico edificio]. Y de 1933, ambos en Ciudad Real y proyectos de José Arias, son la espléndida y depurada Casa Fuertes, en el ángulo de las calles Alarcos y Postas, y el Mercado de Ciudad Real, muy horizontal, de interesantes elementos racionalistas y completamente cerrado en su conjunto.

De Miguel Fisac, nacido en Daimiel en 1913 y uno de los históricos de la arquitectura contemporánea española (a quién se dedica un aparte en esta revista), deben destacarse las cuatro obras siguientes, en las que late con fuerza –sobre todo en la primera de las cuatro– la personalidad y los hallazgos propios de su autor: el Instituto Laboral de Daimiel (1951), actualmente reconvertido en Centro del Agua, la Ermita de Santiago de Almagro, la Casa de Cultura de Ciudad Real (1957) y el Instituto de Valdepeñas (1960). Desde esta última fecha, al margen de otros encargos y proyectos de restauración histórica, diseños o intervenciones breves, que por otra parte escapan al ámbito de este artículo, no ha vuelto a realizar ninguna obra de nueva planta en toda la comunidad.

Otro de los pueblos de colonización que realizó Fernández del Amo fue Villalba de Calatrava (1955), una magnífica puesta en valor de expresión plástica con los materiales más modestos y populares, donde aunó el racionalismo formal con la funcionalidad agraria y rural de una población nueva en su totalidad; dos artistas plásticos tan reconocidos como el valenciano Hernández Mompó y el aragonés Pablo Serrano dejaron aquí su huella, el primero con el mosaico de la fachada principal de la iglesia y el segundo con las representaciones del Vía Crucis y otros objetos en el interior.

Pese a las reformas que hoy ofrece al viajero que se detiene en el punto kilométrico 194 de la Autovía de Andalucía, término de Valdepeñas, hay que hacerlo en el Hotel Meliá El Hidalgo (Antonio Lamela, 1959; el autor de las madrileñas Torres de Colón), reflejo de los criterios modernos que aparecen en cierta arquitectura española de los años sesenta, buscando con sus volúmenes repartidos en forma modular la tranquilidad de los alojamientos y el mejor encuentro con los espacios verdes. Otro nombre histórico en el siglo castellano-manchego es el de Luis Moya Blanco, autor de alardes clasicistas tan polémicos como la Universidad Laboral de Gijón y numerosas obras durante su larga carrera, lo es también de trabajos pequeños pero de moderna concepción, tal que el Pabellón de Aulas del Colegio Marianistas de Ciudad Real (1967), único edificio que se le conoce en toda la región, de gran ligereza y plasticidad por sus voladizos, escaleras y pasillos abiertos al exterior, sin cerramientos, y una interminable continuidad de ventanales en ambos lados de las aulas. Del año siguiente es el Ayuntamiento nuevo de Puertollano (Casares y Ruiz Yébenes).

Nuevamente en la capital, en el conocido, por su color característico, “Centro Verde de El Torreón”, Edificio de Servicios Sociales de Ciudad Real (Juan Daniel Fullaondo y Arana, 1985), se advierte de inmediato el sentido de lo ligero y liviano en una pieza de pequeño tamaño, cubierta muy inclinada y especialmente atenta a la penetración de la luz. Aire posmoderno y subrayados simbólicos, hierro y hormigón aparecen en el Auditorium de La Granja, de Ciudad Real (Diego Peris, 1986), con frontones triangulares en las entradas, rodeado por un contorno de grandes cuadrados tapados por una malla metálica e hilera de setos interiores, tres niveles conforman un anfi-

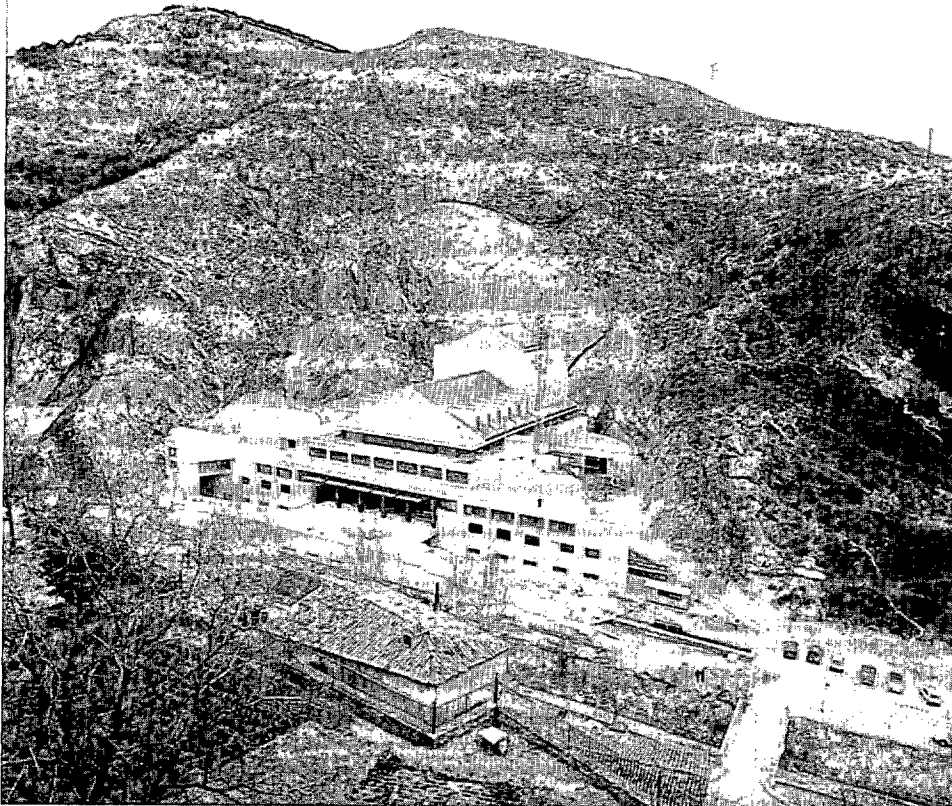
teatro rehundido ante el que se despliega una gigantesca cercha a modo de pórtico con un frontón muy estirado y cortado en la base, traspasado por un gran óculo, y cuyos dos pilares son de múltiples varales de hierro e irónicamente rematados por dos capiteles dóricos.

Son años en que los arquitectos más jóvenes tratan de aportar a su trabajo criterios de modernidad y renovación, dando otra imagen a la arquitectura pública, única que por otra parte se lo podía plantear así, frente al afán más predatario de la privada. Así nos encontramos, entre otras, con obras como el Centro de Formación Profesional de Puertollano (Alejandro Moyano, 1987), con dos bloques de techado curvo conectados por un eje, en el que destaca la seriedad en el tratamiento formalista; la vivienda unifamiliar en Manzanares que realiza Juan Antonio Ramos Abengózar (1989); el Museo Nacional del Teatro de Almagro (Juan Francisco Racionero de la Calle, 1989) o la Central de Telefónica, en la Ronda de la Mata de Ciudad Real (Pedro Espinosa, 1990), enganchada a su vez a una torre cúbica de antenas –de ambiente tecnológico–, hay en ella voluntad por presentar una arquitectura sin precedentes en la ciudad reciclando el perfil urbano y subrayando de alguna manera también cierta evocación “high tech”, de altura considerable para una planta no excesiva, es una fortaleza de hormigón, con dos niveles diferenciados (la superior forrada por chapas metálicas color amarillo mostaza) y un cuerpo lateral con salientes semicilíndricos, que ve aligerada su rotundidad por los contrafuertes exteriores de hormigón que sujetan la estructura superior de hierro pintado en verde.

Parte del Campus Universitario de Ciudad Real es obra de un arquitecto de reconocido prestigio, Antonio Fernández Alba, que entre 1992-1997 ve levantar los edificios de Químicas, Aulario, Biblioteca Central y Letras; hormigón color vainilla, pilares y vigas externos dan uniforme ligereza y coherencia orgánica a todo su conjunto. Con otro concepto, el CICAT (Centro de Instrumentación Científica, Análisis y Tecnología), muestra su ladrillo rojo y unas formas geometrizaras afiladas en triángulo y el Centro de Estudios Jurídicos y Empresariales (José Rivero, 1992), es una pieza de abstracta geometría, planta en U de patas cortas, asimétrica, de ladrillo, caliza en el cubo del aula magna, muros alargados, rigor y silencio.

Vivienda unifamiliar, pero alejada de la estética de los adosados (a los que Juan Cueto nombró con ironía en un artículo como la “arquitectura emblemática del régimen socialista”, *El País*, 20.11.1987), es la Casa Molina, situada en una callejuela sin salida de la Plaza de los Almendros de Alcázar de San Juan (José Antonio Fernández Pacheco y José Antonio Ramos Abengózar, 1993), sin vistas de interés ni fachada, encerrada entre medianeras, su planta única juega hacia el interior, con patios y muros de colores planos en azul (añil manchego), óxido y blanco, única concesión al minimalismo y compleja fragmentación de toda la pieza. Otra unifamiliar, también obra única, es la Vivienda Atalaya (Diego Peris, 1993), sin la menor relación con el entorno de las afueras de Ciudad Real donde se enclava, sus fachadas de mármol blanco rosado y los pilares y vigas exentas caracterizan y aligeran, en su alargamiento, la cúbica dureza.

El Teatro Hospital de San Juan de Dios, en Almagro (José Rivero Serrano y Edurne Altuna Simón, 1994), es un ejemplo de cómo superar la enorme presión formal que ejercen las ciudades monumentales, y en este caso la única en España que



triosa de su uso; y el Centro de Educación Infantil y Primaria, de Tomelloso (Carmen Sánchez-Castilla, 1997), buen ejemplo de los modernos criterios edificatorios con que se han diseñado algunos centros públicos de enseñanza en esta provincia, muy lejos de los colegios en serie que vemos repetidos como clónicos una vez y otra también en tantos pueblos; aquí el hormigón, con el atrevimiento de su potencia en el porche

conserva un espacio teatral auténtico del Siglo de Oro como es el célebre Corral de Comedias. Actuación en dos direcciones, rehabilitación de la antigua nave que albergaba capilla y enfermería como espacio administrativo o expositivo, y por otro lado construcción anexa de un espacio escénico al aire libre de nueva planta, utilizado como foro para la Compañía Nacional de Teatro Clásico durante el Festival Internacional del mes de julio, una obra que a la dureza visual y la austeridad del hormigón visto (coloreado en rojo y negro) se une un sentido abstracto, transparente e irregular de los elementos en acción, con detalles tan poco frecuentados como los portones metálicos, diseño original de los mismos autores; destaca por su atrevimiento, contención estilística, y acertada adaptación al solar preexistente.

Contención y sobriedad que no aparecen entre los principales argumentos compositivos y estéticos de los tres nuevos y grandiosos teatros que se terminan en tres localidades de esta provincia en 1995. El de Puertollano se presenta como un verdadero alarde de medios y materiales, posiblemente desproporcionado en volúmenes y descolocado de lugar. En el Gran Teatro de Manzanares (Ramón Ruiz Valdepeñas) se recupera de alguna manera la imagen de la fachada del viejo Gran Teatro que se emplazaba en el mismo lugar, incorporando en su interior nuevos diseños y la madera para la potente sala principal. El Teatro Auditorio de Valdepeñas (Francisco J. García de Jaime), blanco y suave de líneas, ha llevado a decir al dramaturgo Francisco Nieva sobre la caja escénica que es un lujo y en su escenario podría soltarse hasta una cuadrilla de caballos.

Dos recientes trabajos, con muy dispar finalidad, son el Centro de información de Elcogás, en Puertollano (Luis Feduchi, 1996), uno de los pocos ejemplos que podemos recoger de arquitectura de carácter industrial contemporánea, con aspecto de caja-contenedor, dos plantas y articulación a base de módulos geométricos que subraya la funcionalidad indus-

de la entrada principal, el ritmo y la ordenación de vanos y ventanas se suceden en un proyecto de cuidada geometría.

Cuenca

En Cuenca capital también es obligada la visita a la segunda Casa de Cultura de Miguel Fisac en la región, ésta de 1958, ahora denominada Biblioteca Pública Fermín Caballero, con su extraño volumen cúbico que vuela sobre la calle, como evocación a las famosas Casas Colgadas de la ciudad, en un alzado irregular roto que se torna en plano continuo en su frente principal (presenta algunas semejanzas con la Casa de Cultura de Ciudad Real). De interés en la misma ciudad nos encontramos la Residencia de Pensionistas de la Seguridad Social (José María la Mata Gorostizaga, 1973) y la Caja de Ahorros de Cuenca y Ciudad Real, ahora Caja de Castilla-La Mancha (Julio Cano Lasso, 1975), autor también del Círculo de la Constancia; muy posteriores son el nuevo Centro Provincial de Telefónica (Jerónimo Junquera y Estanislao Pérez Pita, 1989), de pilares exentos muy prolongados, fachada continua de curvas y pliegues, apariencia de rotundidad y lucernario abovedado, y la flamante Facultad de Bellas Artes (Javier Feduchi, 1997), edificio adaptado a un terreno en pendiente, con cubierta paralela al solar, búsqueda decidida de la luz en su interior y acabado en ladrillo; el grado de intercomunicación interna es uno de los aspectos más valorados por su autor.

En el apartado de las nuevas arquitecturas teatrales en España, José María García de Paredes fue uno de los autores más significativos, suyos fueron los proyectos del Centro Manuel de Falla de Granada y del Auditorio de Madrid, y en Castilla-La Mancha del Teatro Auditorio de Cuenca (a su muerte continuó el proyecto su hija Angela y yerno Ignacio G^a Pedrosa, 1994). Construido en la hoz del Huécar, al pie mismo de las Casas Colgadas, de geometrías rectas y desornamentadas, su abstracción y rotundidad formal contrasta muy

llamativamente en la enorme y espectacular hendidura del río Huécar.

Guadalajara

Lo último en el género auditorios –y más que último, porque aún no ha sido ejecutado, pero la calidad y novedad del proyecto en la región vale la excepción en este caso– es el Auditorio de Guadalajara (Luis Rojo, Ángel Verdasco y Begoña Fernández), una suerte de geometría fragmentada y un volumen irregular separado cuya sutileza se constituye en su totalidad como un hito que destaca en un entorno de lo más impersonal.

Una ciudad, la capital alcarreña, que ha experimentado un especial grado de desencuentro con la arquitectura del siglo, para situar tal vez sus mejores momentos del inmediato pasado en los prolegómenos (o coletazos finiseculares del XIX) y en la despedida del XX, como se puede comprobar paseando por la Calle Mayor de la capital, en cuesta y de trazado medieval. Así, de principios de siglo son el Kiosko de música de la capital (Francisco Checa), en el parque de la Concordia, con zócalo de ladrillo y construcción metálica; el edificio de Correos, con detalles ornamentales del neomudéjar alcarreño; el Ayuntamiento, proyecto de Benito Román Cura (1904), concluido por Luis Fernández Marchante en 1906. Cerca del Parque San Roque y el Recinto Ferial de Guadalajara, y bien visible desde la auto-vía, el viajero ha detenerse

en una de las edificaciones funerarias más significativas de esta centuria, el Panteón de la Duquesa del Sevillano (Ricardo Velázquez Bosco, 1887-1916), que podría asemejarse –en su simétrico aspecto– a un joyero o iglesia de aire italianizante. A 1928 corresponde el Hospital Provincial, según proyecto de Santiago Vilata, y de principios del XX es la Fábrica de Hispano-Suiza, interesante pieza de la arquitectura industrial de la época, con empleo del hierro. Por su fisonomía de película de ciencia-ficción en plena provincia del románico, sobre el valle del río Tajuña aparece, como un balón inflado, la gran esfera blanca del Observatorio Astronómico Nacional, en el término de Yebes.

Entre sus arquitecturas últimas hay reparar en algunas piezas como las Viviendas de Promoción Pública proyectadas por Nieto Taberné y García Bardón en Pastrana (1983), en un correcto intento por adecuar lo nuevo al casco histórico de la localidad; las Viviendas de Protección Oficial de la calle Rufino



Toledo. Consejería de Agricultura, de Manuel e Ignacio de las Casas y Manuel García Urriaga de Vivar.

Blanco de Guadalajara (1987), del equipo integrado por los jóvenes arquitectos Solano Rodríguez y Sánchez Mayoral, obra de rigor en sus planteamientos y cuidada estética; y en la misma ciudad, el edificio sede de la Administración del Estado (Gerardo Mingo Pinacho, 1988), obra en cinco plantas, destinada a varios usos diferentes y cuya monumentalidad sabe hallar el punto de encuentro con el entorno urbano de una ciudad no muy afortunada por la producción arquitectónica.

Toledo

El peso de la historia no ha sido precisamente una ventaja para la arquitectura moderna y para las transformaciones urbanas de este siglo, verbigracia la ciudad de Toledo. Historicismos y casticismos castellanos estarán de forma inevitable en los albores del XX; con fidelidad al estilo neomudéjar se proyectan dos de los edificios más interesantes de la capital: la Escuela de Artes Aplicadas (Arturo Mélida y Alinari, 1902), que incluye elementos del gótico tardío, es conocida sobre todo por la singularidad de su fachada, con su peculiar decoración a base de ladrillo y cerámica, mientras que en la Estación Ferroviaria (Narciso Clavería y Palacios, 1911-1920) aparece hasta una torre propia de los campanarios mudéjares, en toda la obra nos llama la atención la riqueza artesanal que se aplica. Y de Fernando Chueca Goitia son el Hostal del Cardenal y el Cigarral en la Pezuela (Toledo). Fuera de la capital, el estilo modernista cuajaría en piezas como la Ermita de Nuestra Señora del Rosario, en la localidad de Huerta de Valdecarábanos, y en el antiguo teatro de Villarrobledo, localidad en la que también podemos destacar el Círculo Mercantil e Industrial y el Mercado Municipal, iniciado en 1929, con fachada en esquina y abundante ornamentación.

En el marco de la provincia, del conocido equipo anteriormente citado que integran Manuel e Ignacio de las Casas y Jaime Lorenzo, nos encontramos en Talavera de la Reina el Conjunto Residencial Cabeza del Moro (1984), donde define un nuevo espacio urbano entre la orilla del Tajo y el centro, con viviendas de amplio patio cuadrado. Por su carácter atípico, al no ser obra de nueva planta ni rehabilitación, podemos señalar la ampliación de la Casa Cuartel de la Guardia Civil en el Castillo de Maqueda (Burillo y Lorenzo, 1987), que consigue un nuevo minitejido urbano entre la forma ortogonal de la nueva trama y la irregularidad preexistente de las murallas, originales del siglo X y reformadas en el XV, sin dejar de atender ahora a la relación vivienda-patio-calle de una antigua ciudadela. La Vivienda unifamiliar aislada de la finca El Mecachón (1988), en el término Las Herencias, proyecto de Ignacio Vicens y Hualde y el alcazareño José Antonio Ramos Abengózar, obtenía el Premio de Arquitectura 1989 del Colegio de Arquitectos de Castilla-La Mancha, en la segunda de las tres ediciones celebradas hasta hoy, con una bella construcción de planta muy alargada que integra el ladrillo de tejar, la cubierta de cerchas de madera tableadas en pino y la cubrición en cobre, con pavimentos de hormigón pulido y el óxido de hierro como pintura de los paramentos interiores, dejando ver sobre la elevación natural en la que se enclava cómo la arquitectura se despliega hacia su propio interior. (Precisamente Ramos Abengózar junto con Manuel de las Casas –nacido en Talavera de la Reina, aunque radicado en Madrid– eran los únicos arquitectos de Castilla-La Mancha con edificios representados en la IV Bienal de Arquitectura

Ciencias Sociales de la Universidad de Navarra y unas Viviendas en Alcobendas, respectivamente).

En la capital de la región, sobre las terrazas del Tajo, se encuentra una de las obras más llamativas y también discutida, como suele producirse cuando la arquitectura actual actúa en el hipersensibilizado tejido de los cascos históricos de una ciudad monumental como Toledo, es el caso de la Consejería de Agricultura (Manuel e Ignacio de las Casas y Jaime Lorenzo, 1992). En ese eterno dilema entre historia y modernidad que ha llevado a lamentables santificaciones del pasado como también a excentricidades sin cuento, y que a veces deriva en polémicas rancias, De las Casas acometió el encargo de este edificio administrativo con la voluntad de hablar con un lenguaje propio y actual, que no transgresor como a priori conceptual; de una sola planta en la parte alta a los cinco pisos en la más baja, la sección de este edificio se asemeja a un peine invertido de seis pabellones separados por cinco patios elevados sobre la calle, más funcional que apabullante de presencia, con sus fachadas de piedra completamente limpias, sucintas pérgolas de hormigón en sus cubiertas planas y un cuerpo triangular que sobresale en lo más alto, rematado con un afilado lucernario, al tiempo que los elementos de circulación interior evocan el viejo trazo urbano toledano.

Por su originalidad en el contexto en que se produce, merece citarse el Campamento de Turismo Montes de Toledo, en Navahermosa (Francisco Sánchez de León y Juan Luis Fernández-Roldán, 1992), bien integrado en un paisaje virgen en la vertiente norte de un valle de los Montes de Toledo y en sintonía con la arquitectura de la zona, presenta muros de piedra encalados y teja árabe roja sobre estructuras de madera, con cercado en mampostería, con zonas de acampada separadas y en espacios recogidos, llama la atención desde el exterior la forma cilíndrica de los aseos que le dan aspecto de antiguo depósito.

De vuelta a la ciudad del Greco, los arquitectos Javier Frechilla Camoiras, José Manuel López-Peláez y Eduardo Sánchez construyeron el Centro Sanitario del Barrio Palomarejos de Toledo, resultado de la ampliación del centro existente, una obra muy cerrada en el exterior, con un muro sobre pilotis, de gran horizontalidad en su conjunto, rota en su parte superior por una serie de cubiertas de hierro y cristal. Y Ricardo Piqueras confiere personalidad propia al nuevo Edificio Iberdrola (1994), con cuerpo inferior de piedra y superior en vidrio azul y plata que refleja el exterior, al tiempo que confiere ligereza a la gran rotundidad cúbica de su voluminosidad. Y finalizamos la ruta en la muy poblada ciudad de Talavera de la Reina, donde nos encontramos con la línea clara del Edificio UNED (Manuel Urriaga) y las instalaciones deportivas de Mauro Cano y Juan Manuel Rivas. ▣